

2. Pescadores

Escucharon un enorme estruendo. Se movieron las rocas, las pequeñas más. Él se agarró como pudo, como una lapa, sin soltar la espátula que llevaba en su mano derecha y, sobre todo, cuidando de que la bolsa casi llena de percebes, colgada del cinto, no se volcara. Un instante después vino la oscuridad, duró una nada, justo el tiempo que una gran ola tarda en caer de su recién alcanzada altura.

Ahora —pensó mientras se colocaba, estirando piernas y brazos entre las enormes piedras de manera que el agua no pudiera arrastrarlo, como si sus extremidades se hundieran en las rocas formando parte de ellas—. Cogió aire. Todo se iluminó sin luz, solo con la espuma de la ola que se retiraba a la mar, llevando en su torrente algas, palos y cuanto encontraba. A él si hubiera podido.

Krispín tembló, no debía hacerlo, aún quedaban dos olas más, tenía que mantenerse fuerte y no abandonarse, o iba a ser arrastrado. Pensó en su mujer y en sus advertencias: Cualquier día te quedas allí.

Llegó el rugido de la segunda ola, y la oscuridad de nuevo sobre las rocas, y también la claridad de su espuma que te arrastra a la mar. No quedaba más que una, la tercera, la peor. Aunque tantas veces lo sea la primera porque te pilla desprevenido, quizás en mala posición, pasando entre rocas, reptando por agujeros estrechos o desprotegidos, si te arrastra la primera ya no lo cuentas.

Pero la tercera es temible por sí, se eleva más al aprovechar el retroceso de las anteriores. Cuando los restos de la primera y segunda ola vuelven derrotados a la oscuridad de la mar, encuentran a la que llega a la costa levantándose amenazante, se suman a ella con ánimo de revancha, la sujetan por su base haciendo que crezca aún más para caer con todo su peso y su fuerza en las rocas sin vida aparente. Ahí, oculto entre los resquicios de esas piedras se intentaba aferrar Krispín jurando, como siempre, que no volvería más.

Permaneció un rato quieto, expectante, escuchando el rumor del agua para saber si venían más olas. Tenía las manos y las piernas ensangrentadas, el agua lo había sacudido sin lograr soltarlo, raspando su piel contra las lapas, percebes y aristas de las rocas que le protegían. Había perdido su valiosa espátula.

Tenía que escapar, huir de la tentación de seguir con sus capturas, ni siquiera la visión de un enorme racimo de percebes asomando en la blanca espuma, cuando el agua se retiraba, pudo con su decisión de abandonar. Él estaba vivo, arañado. Le preocupaba su amigo. Reptó nervioso hacia la luz, volviendo por entre las rocas, buscando la salida.

—¡Txon! ¡Txon! ¡Txon! —gritó con voz entrecortada, casi sin fuerza, escupiendo agua salada, y muy asustado.

Al rato apareció, sobre una gran piedra, Antxon, su amigo, con una mueca de sonrisa que bien podía ser estupor, lívido y chorreando agua. Esta vez casi no la cuentan. Los dos saltaron de roca en roca alejándose de la orilla y no hablaron hasta que estuvieron a mucha distancia.

—Me *cagüen*. La hostia. Au izandek...²

—Pero si la mar está casi tranquila. ¿De dónde han salido estas olas? Arraioa!³

—Para que te fíes. Habrán venido de allá..., de cualquier sitio.

—¿Y mis percebes? ¡Mierda...!

Antxon había perdido su bolsa; pero decidieron no volver a buscarla. La mar la habría engullido, seguro. Tarde o temprano recupera lo que es suyo, la espuma se hace más espesa y rebaña las rocas, recogiendo todo lo que encuentra: espátulas, bolsas, sacos, palos, personas... No haber venido, te quiere decir. Es así, te la juegas. Aunque no haya mucho golpe, hay un tren de olas que aparece por sorpresa; no se sabe si se ha formado a cien millas de allí por el viento o por el paso de un barco, el caso es que si te coge te puede llevar con ella. Y los percebes te atrapan, coges un racimo, luego otro, te adentras más por aquellos mayores, luego te haces serpiente para conseguir pasar entre pequeños huecos ya muy cerca del mar, intentando llegar más lejos. Absorto y ambicioso, estás muy cerca del agua sin darte cuenta, cuando, de pronto, oyes aquel ruido sordo de la ola que no esperas...

Se sentaron al borde del acantilado y seleccionaron su captura quitando los percebes pequeños, los mejillones entremezclados y los trozos de piedra. Luego hicieron dos paquetes, uno para cada uno. Escaso premio para tanto riesgo.

Antxon y Krispín eran amigos inseparables desde la infancia, compartieron pupitre, tiragomas, sueños y los primeros pitillos chupados y fumados a turnos. Hasta se echaban uno al otro el aliento para

2 ¡Pero esto qué es!

3 ¡Ostras!

saber si todavía olían a tabaco antes de volver a casa. Ya no iban cogidos del hombro como cuando eran niños, y no solo por pudor.

Krispín era un tipo alto y de buenas espaldas, mientras que su amigo tenía su anchura pero a otro nivel: en la cintura, y su estatura era bastante menor. El alto era guapo y melenudo y Antxon, menos agraciado, tenía el pelo fino y escaso; aunque sus pequeños ojos oscuros y su sonrisa de conejo delataban una astucia poco común.

Volvían a paso rápido, mojados y todavía asustados. Cada uno llevaba un hatillo goteando con sus percebes que luego intentarían vender. Antxon no paraba de hablar mirando a su amigo con admiración de abajo a arriba, de reojo. A veces se le escapaba saliva por la comisura izquierda. Era junio y empezaba a calentar el sol borrando las huellas mojadas de los pescadores.

Faenaban juntos en el Izarra, una pequeña embarcación de siete metros, de bajura, con varias capas de pintura roja sobre la madera. Su único patrón y propietario era conocido por Locuras, y no era para menos. Era capaz de cacear al amanecer limando las rocas cerca de la costa en busca de lubina, de echar el palangre con olas de cinco metros y, sacando medio cuerpo por la borda, de arrastrar la red por fondos de piedras puntiagudas o de salir a faenar superando la rompiente de las olas. Pescaba cuando nadie se atrevía a hacerlo, pero por el mismo motivo las capturas eran admirables y sus cajas de madera, llenas de pescado, muy cotizadas: besugos de más de un kilo, hermosas merluzas de anzuelo, magníficas lubinas plateadas... Sus marineros ganaban dinero pero, hasta entonces, duraban poco.

Krispín y Antxon le habían cogido la medida a Locuras. Sus malos modales y *cagiüens* los tenían superados, sus desafíos a la mar les divertían, estaban juntos y aguantaban bien las tarascadas. El patrón buscaba sus límites, le gustaba que le temieran por sus osadías, se envalentonaba. Un amanecer, mandó largar la red muy cerca de la costa con mar gruesa. Su joven marinería sabía que si la malla se enganchaba en la roca corrían un gran riesgo de embarcar olas por la popa, ya que frenaría al barco y el agua lo cubriría hasta hundirlo. Así ocurrió, pero tuvieron la suerte de que la red se rompiera. Tal vez Locuras lo tenía merecido. El patrón juró mil veces y volvió enfurecido a puerto sin aparejo y sin capturas. Sus compañeros no dijeron nada. Él admiró a sus infantiles marineros por su destreza y templanza, pero calló. Como siempre.

No era propio de unos hábiles pescadores rasgarse la piel por unos kilos de percebes, eso se dejaba para los de tierra, los de las cañas. Pero la necesidad obligaba, hacía casi un mes que no salían a la mar, no ganaban dinero ni llevaban pescado a casa. Desde principios de mayo de 1936 la flota de pesca de Pasajes se había declarado en huelga. Los armadores no aceptaban revisar las Bases de Trabajo. Los barcos cesaron en su actividad, incluso los bacaladeros de la PYSBE (Pesquerías y Secaderos de Bacalao de España), que en esos momentos se preparaban para la próxima campaña en Terranova. El paro se alargaba demasiado y socavaba ya las débiles economías familiares.

Seguro que su patrón, Locuras, habría podido salir a faenar en un pesquero tan pequeño; pero no quiso y se sumó a la huelga como el resto de las embarcaciones que estaban en Pasajes. Solo aquellos barcos

que pescaban fuera, en Gran Sol, en Terranova o en Galicia, continuaron haciéndolo.

El suegro de Krispín lo convenció para embarcar en la PYSBE, él trabajaba allí como personal de tierra. Esos bacaladeros hacían mareas largas, de hasta seis meses, pero ganaban mucho dinero y los riesgos eran menores, aunque fuera muy duro debido al terrible frío y las penosas condiciones que debían soportar. Al principio, se negó a separarse de su mujer tanto tiempo, pero las circunstancias lo obligaron a aceptar, esperaban un hijo y el bacalao podría ser su salvación. Con una condición: su amigo también debería ir con él, al menos una marea. Aceleraron las gestiones, no iban a esperar más.

La vida de tantos españoles discurría plácida, salpicada por los problemas cotidianos. Sin embargo, y ajenos a ellos, en España se complicaba cada vez más la convivencia social entre movimientos de izquierdas y derechas, patronos y sindicatos, anarquistas, comunistas, falangistas y trotskistas, católicos y ateos, civiles y militares, azul y rojo... La segunda República acababa de nacer y ya estaba condenada a muerte. Sonaban amenazas de guerra vecinal.